This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

G868.7109
Am38pYr
1901
cop.2

Rey De Castro, Carlos, 1866-

... Poetas mejicanos, por Carlos G. Amézaga.

Digitized by Google

[redacted]

G868.7109 AM38PYR 1901
LAC COP.2

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

pYr

Digitized by Google

This Book is Due on the Latest Date Stamped

LITHO

Digitized by Google

Digitized by Google

103
P. 86.-
Cop. 2

C. REY DE CASTRO

POETAS MEJICANOS

POR CARLOS G. AMÉZAGA

Homenaje al
doctor Manuel Domínguez

(SEGUNDA EDICIÓN)

ASUNCIÓN

Talleres Nacionales de H. KRAUS.

1901.

Digitized by Google

pro
332936

Digitized by Google

C. REY DE CASTRO

Homenaje de
C. Rey de Castro

POETAS MEJICANOS

POR CARLOS G. AMÉZAGA

Homenaje al
doctor Manuel Domínguez

(SEGUNDA EDICIÓN)

ASUNCIÓN

Talleres Nacionales de H. KRAUS.

1901.

Digitized by Google

Digitized by Google

Lib.
University of Texas
Austin, Texas

AL DOCTOR MANUEL DOMÍNGUEZ

Un trabajo ya publicado y que sólo tiene de nuevo las supresiones y alteraciones hechas en él con criterio bastante pesimista, no es, en realidad, el trabajo que yo debía dedicar á Vd.

Sírvame de disculpa esta doble circunstancia: que mis inaplazables atenciones me impiden escribir algo digno de Vd. — si no por el mérito, por el esfuerzo realizado para la producción; — y que no quería continuar demorando mi público tributo de admiración á las múltiples y sobresalientes aptitudes de Vd., á quien, con harto motivo, consideran sus compatriotas como á uno de sus primeros intelectuales, y á quien estimo yo como á uno de los más esclarecidos publicistas de América.

Si la doble circunstancia apuntada no bastase para disculparme, entonces apelo, única y exclusivamente, á la benevolencia de Vd. Ella, sin duda alguna, me excusará con ilimitada amplitud.

C. Rey de Castro

Asunción, 1901.

890332

Digitized by Google

Digitized by Google

Poetas Mejicanos

UN LIBRO DE CARLOS G. AMÉZAGA

(HOMENAJE AL DOCTOR MANUEL DOMÍNGUEZ)

I

Si Guyau no se equivoca cuando afirma que para emitir un juicio acertado es necesario simpatizar con lo que se juzga, nos estaría permitido emprender con cierta confianza este trabajo.

El objeto del libro de Amézaga y la personalidad literaria del autor son para nosotros igualmente simpáticos.

Pocos, muy pocos de los jóvenes que manejan la pluma en el Perú reunen las especiales condiciones de Carlos G. Amézaga.

Circunstancias múltiples nos acercaron á él desde que ambos éramos muy jóvenes. En junta con Luis E. Márquez, José Antonio Felices, Nicolás A. González, Víctor G. Mantilla, Luis Ulloa, Carlos Alberto Secada, Abelardo Gamarra, Germán Leguía y Martínez, José Mendiguren y varios otros poetas, literatos ó periodistas peruanos, establecimos el *Círculo Literario de Lima,* y, en la misma compañía, peleamos rudas batallas en pró de ideales artísticos más nobles ó más nuevos de los que por entonces privaban en nuestra patria. En esas luchas los hombres se muestran como son, y Amézaga se reveló de cuerpo entero.

El primer rasgo característico de nuestro amigo es el de la movilidad, pero de la movilidad beneficiosa. Cabe decir de él, recordando el estudio de Gautier sobre Gerardo de Nerval, que vuela con las alas de su espíritu. Cuando no contaba aún veinte años, visitó la Argentina, iniciando entonces una serie de viajes por

Digitized by Google

toda América. Ha recorrido desde los Estados Unidos del Norte hasta el Paraguay. (1)

Hombres y cosas de Méjico, Colombia, Ecuador, Bolivia, Chile, Brasil, Uruguay etc., le son familiares. Todo lo ha visto, todo lo ha observado.

Contra lo que, en concepto del vulgo, pudiera esperarse de su temperamento de artista, es igual su interés por los asuntos literarios que por los sociales y políticos. Apesar de su inquietud genial, no pertenece al número de los poetas visionarios.

Ha sentido las crueles mordeduras del dolor; ha contemplado el espectáculo que ofrece el hombre ahí donde se abandona á los caprichos de la eventualidad; ha podido medir el abismo en que se precipitan los soñadores inconscientes, que van dejando á girones su propia carne en los zarzales de la vida, y, con la energía de su naturaleza atlética, ha sabido substraerse á los peligros de los fantaseos extra-terrenos. La imaginación lo arrastraría á las regiones de un ardiente idealismo, pero el raciocinio y la voluntad lo sujetan en las tristes esferas de este mundo impenitente. Copia, según el conocido símil, aquellas plantas de hermoso florecimiento, que por nacer en la cumbre de empinada montaña se rozan con el cielo, y que, no obstante, arraigan en lo más duro y sólido del planeta.

Desequilibrado, loco, llaman algunos, en tono despreciativo, al hombre que gasta el fósforo de su cerebro en cultivar el arte divino de Apolo. No ven, en su miopía intelectual, que, á la postre, la obra verdaderamente perdurable es la obra artística; que á expensas de ella se mantienen el prestigio y la gloria de las naciones, y que sin el arte el mundo semejaría enorme panteón en que no se conservara ni el mínimo recuerdo de los seres y de las colectividades devorados por la tumba. Suprimanse las obras monumentales del arte, los grandes poemas escritos, pintados ó esculpidos, y media historia humana se derrumbará pavorosamente,

---

(1) Amézaga estuvo aquí en el año 1895, y, á su regreso á Lima, escribió en *El Comercio* de la misma ciudad un estudio muy elogioso, y por consiguiente muy justiciero, para el Paraguay.

Digitized by Google

quedando sólo en pie las espectrales sombras de matanzas y crímenes inauditos.

Con el atrevimiento de la ignorancia, avergonzados de su nulidad ó temiendo el castigo á sus maldades, procuran los denostadores de la poesía, ó del arte en general, presentar al artista como á un ser enfermo, morboso, que ni nociones tiene de las exigencias de la vida. ¡Líbrelos el destino de caer en manos de alguno de esos visionarios que, como Milton, asesore á un reformador de la talla de Cromwell; que, como Julio César, entretenga sus ocios de tirano en buscar ritmo para sus estrofas, ó, viniendo á este nuestro escenario de América, que, como Julio Arboleda, arranque notas á su lira á la par que fusile á sus enemigos.

Amézaga sería uno de los soñadores temibles para malvados y necios. La virilidad de su carácter se traduce en este cuarteto, citado ya por uno de nuestros más eruditos y hábiles literatos, á la vez que hombre de ciencia, por Pablo Patrón:

Fuerza extraña me empuja, y no te espante,
mañana estos anhelos ver cumplidos,
de triunfar, aunque sea agonizante,
aplastando cabezas de bandidos!

Y quienes sepan algo de la vida política del autor de *Cactus* no osarán poner en duda la sinceridad de los versos citados. Amézaga ha combatido, con la pluma y con la espada, empleando iguales bríos en los campos de la idea que en los campos de batalla; su fama de poeta recorre hoy la América con celeridad que lo honra y su valor militar y cívico han tenido recompensa en la consecución de un alto grado en el ejército y de una curul de diputado en el parlamento nacional.

El equilibrio de las facultades intelectuales de Amézaga guarda armonía con la robustez de su organismo, ó mejor, es fruto de esa robustez. Y tanto cuanto equilibrado, es Amézaga original. De él puede decirse que *acuña monedas con su busto,* como se ha dicho del autor de *Flores del mal.* Debiendo advertirse que su busto y toda su persona y hasta su mismo traje son originales también. Aunque descendiente de la más pura raza española, pasaría como el último de los abencerrajes, según la

Digitized by Google

expresión de J. Adolfo Reyes, uno de nuestro compañeros de lucha política, y viste, á lo menos cuando reside en el Perú, un vestido excepcional, de corte invariable.

La *confección* de sus trajes, así rara, no es obra de vanidosa presunción, como no lo es la forma, igualmente rara, que suele dar á sus versos. Es cuestión de indiosincracia. Existe en ese temperamento una fuerza que lo impulsa á señalarse en medio del ambiente en que se desarrolla.

« Hay hombres, escribe Gautier, amanerados por naturaleza, en quienes la sencillez sería pura afectación y como una especie de amaneramiento á la inversa. Necesitarían esforzarse y violentarse mucho para ser sencillos ».

« Las circunvoluciones de su cerebro repliéganse en tal forma que allí las ideas se retuercen, se enredan y arrollan en espirales, en vez de seguir la línea recta. Los pensamientos más complicados, más profundos y sutiles son los primeros que los asaltan. Ven las cosas según un ángulo particular que altera su apariencia y perspectiva. De entre todas las imágenes, las que principalmente los impresionan son las más raras, las que más caprichosamente se alejan del asunto tratado, y saben unirlas á su trama mediante un hilo misterioso, que al momento descubren ». Así está hecho el espíritu de Amézaga, como lo estaba el de Baudelaire, con quien el autor de *Poetas Mejicanos* tiene puntos de contacto.

El equilibrio de sus facultades mentales no lo rompe Amézaga de ninguna suerte. Rechaza todos los excitantes. Considera, como Balzac, absurdo entorpecer las funciones naturales de su cerebro dándoles vida ficticia. Hasta el café, hasta la bebida favorita de Voltaire, lo ha proscripto nuestro poeta. De ahí, sin duda, que su poesía, multiforme á la manera de las pinturas de Guys, ofrezca sin embargo una tonalidad de vibraciones análogas, siempre pujantes.

Al creer con Dumont que el humorista es el escritor cuya mente se abandona á los más caprichosos fantaseos, vagando de lo triste á lo jocoso, de lo bajo á lo sublime y enlazando los más lejanos objetos, no trepidaríamos para incluír á Amézaga entre los congéneres de Juan Pablo, Swift ó Sterne.

Digitized by Google

Patrón, en el prólogo que escribió para *Cactus*, hubo de señalar como un defecto de las producciones de nuestro amigo, esa mezcla extraña de lamentos y carcajadas, de hondas lucubraciones y chistes, de afectos puros y de rencores «que se suceden á cada vuelta de las páginas del libro». Pero es que aquel hábil crítico olvidó al escribir su trabajo, y no obstante su vasta cultura, que precisamente en esa variadísima modalidad de las producciones que analizaba, se cifra y compendia la personalidad literaria del autor, y que tal modalidad es, en sentir de muchos estéticos de fuste, lo que constituye el verdadero humorismo.

El gran crimen, Yo también, Mis muertos, La historia de la capa, y hasta el cuadro de costumbres nacionales titulado *Un indefinido*, caerían en cierto modo bajo la denominación gráfica de Ritcher, que con tanta oportunidad recuerda un aprovechado discípulo de nuestro eminente catedrático doctor Alejandro O. Deustua en su tesis *El humor en el arte y como doctrina filosófica.* El humor, repite Castro y Príncipe, es una ley inversa, es como el ave Morops, que se eleva al cielo mostrándole la cola.

Amézaga no acreditó desde los bancos escolares sus sobresalientes aptitudes. No fué el alumno ganador de premios, enviado al torneo de los exámenes para conquistar reputación á sus maestros. Se mostró siempre rehacio á la disciplina escolar, y mientras sus compañeros trasudaban en el aprendizaje, *al pie de la letra*, de lecciones kilométricas—¡lo eran entonces!—ó en la solución de intrincados problemas, él se entretenía en diseñar buques ó en caricaturar, con ya experto lápiz, á los tipos que excitaban su vena de humorista precoz.

En tanto, fuera del cartabón escolar, imponía á su inteligencia trabajos ímprobos. A los siete años habíase leído toda la Biblia y componía versos que el ilustre padre de nuestro amigo se negaba á aceptar como producciones originales del hijo, suponiéndolos copia ó reminiscencia de lecturas clandestinas. Y este es otro de los aspectos en que Amézaga se identifica con Baudelaire. El mismo Gautier dice del autor de *Paraísos artificiales*:

«No se sabe que Baudelaire fuese en sus primeros años un niño prodigio, ni que cosechase muchos laureles en los repartos de

Digitized by Google

premios de los colegios. Más aún: pasó bastantes apuros para salir adelante con el bachillerato en letras, y alcanzó la aprobación como favor. Turbado indudablemente por lo imprevisto de las preguntas, ese mozo de espíritu tan penetrante y de un saber tan real, pareció casi idiota. No pretendemos hacer de esa ineptitud aparente un título de capacidad. Se puede ganar el premio y tener mucho talento. En ese hecho no hay que ver sino la incertidumbre de los augurios que se formulan en mérito de las pruebas académicas. Dentro del estudiante á menudo distraído, ó más bien ocupado en otras cosas, se forma poco á poco el hombre real, invisible á los profesores y á los padres».

Los compañeros de Amézaga en su primera época de escritor, los que se asociaban con él en las labores del *Círculo Literario*, creíanlo, salvo contadas excepciones, poseedor de una inteligencia poco cultivada. Imaginabanse que la inquietud y ardor de su consocio se oponían al estudio tranquilo y á la madura reflexión. Muchas polémicas sostuvimos para destruír esa idea, y las mejores de nuestras pruebas eran los trabajos de nuestro compañero, en los cuales se descubre siempre al pensador y al estudioso.

Hasta entre gentes ilustradas priva el concepto de que el hombre locuaz, franco, comunicativo, no puede ser un hombre de genio ó un hombre de estudio. Confunden cualidades muy apreciables, pero subalternas, de ciertas razas con las manifestaciones fundamentales de la psique. De ahí que algunos sin más talento que el de permanecer eternamente mudos, solemnes como una esfinge, pasen por notabilidades, dando por supuesto enorme chasco apenas ocurre el caso de que demuestren practicamente sus aptitudes.

El bagaje literario de Amézaga—aumentado con el libro *Poetas Mejicanos*, su aplaudidísimo drama *Juez del Crimen* y su poema no menos aplaudido *Los Niños*—es ya muy abundante. Pero esto no satisface la ambición de triunfos y de gloria que mueve á nuestro amigo.

En sus arrebatos de patriota sueña con la total regeneración del Perú. Y si el sacrificio de su persona fuera necesario, nos parece que la sacrificaría. El altruismo lo domina casi con la misma fuerza que á su padre, don Mariano de Amézaga, uno de los pensadores más vigorosos del Perú.

Digitized by Google

Pero no haya miedo que el cantor de Grau pretenda realizar su obra por medios violentos ó absurdos, pues como hemos dicho, vive la vida real y sabe que estrellarse no significa vencer. Vale más derribar una piedra de la Bastilla que remontarse á las montañas de Ubeda.

No es tampoco Amézaga un Boisard que gaste sus energías en fútiles entusiasmos. El *diletante* no supedita al artista. Sus facultades las consagra, antes que á la asimilación de la obra agena, al mejoramiento de la propia.

Menos incurre el autor de *Cactus* en el pecado de pagar tributo á las novedades enfermizas que alientan en la literatura finisecular, ni se detiene en la composición de melosas cantilenas eróticas, apesar de no ser insensible á los atractivos de la mujer ó á las exigencias de un corazón apasionado. Cuanto á lo primero, se ajusta á la práctica de Edgar Póe, observando, como aquel originalísimo y malaventurado vate, su poética propia; y cuanto á lo segundo, procede en armonia con Guerrini, es decir, hace según la expresión de Carducci, un poco de patología de la condición morbosa en que ha caído ultimamente el amor.

Y no se piense por aquello de la inquietud, la locuacidad etc., que la labor de Amézaga sea precipitada. Más bien se resiente de lo contrario. Nuestro amigo confía en la fecundidad de la pereza, y no quiere sacrificar á una cosecha prematura la fuerza del terreno en que siembra.

De criterio equilibrado, comprende que un aborto no es un parto, y huye de esas actividades de ardilla que concluyen por la desesperante inmovilidad de la tortuga. Quien se desbarranca no camina, y tras la luz pasajera del incendio sólo quedan escombros.

Ha explorado diversas sendas en los dominios del arte con la paciencia y las precauciones del minero que catea la veta de oro. Por todos los vericuetos del rico mineral va dejando cifras que recuerdan su tránsito, pero teniendo en alto la lámpara de su inteligencia, se propone llegar al filón codiciado. Amézaga presiente que su gran escenario es el del teatro, y, hoy por hoy, sólo se preocupa de allegar material para sus obras dramáticas. Posee esbosos admirables. La alborada anuncia espléndida irradiación de colores para el mediodía.

Digitized by Google

II

Dos consideraciones primordiales sugiere la lectura de *Poetas Mejicanos*. Se piensa, sin tardanza, en las dificultades vencidas por el autor para impedir que la monotonía malogre sus esfuerzos y en la singular abundancia de la producción literaria de Méjico.

Ardua tarea es, efectivamente, la de juzgar á más de cincuenta poetas, sin incurrir en repeticiones cansadas, imprimiendo, por el contrario, colorido propio, novedad, gracia é interés palpitante á cada uno de los capítulos de la obra. Amézaga, lo declaramos sin reservas, ha triunfado del escollo. Ha revelado, una vez más, la ductilidad de su espíritu y la extensión de sus conocimientos.

Poetas Mejicanos aparejan el mejor testimonio de cuanto hemos dicho en la introdución de este trabajo. Basta leer el libro para conocer la personalidad de nuestro compatriota. Al retratar á los bardos de Méjico en su doble carácter de hombres y literatos, se ha retratado, por extraño concierto de circunstancias, á si mismo.

El empeño que ejercita para salvar de responsabilidad á presuntos culpables como Díaz Mirón, el amor con que se ocupa en la obra de Acuña y el entusiasmo que despierta en su ánimo la *Reforma*, sobran para acentuar la fisonomía de Amézaga. Se ve claramente cual es su credo moral y cual es su credo literario, sintiéndose uno arrastrado á secundarlo hasta en aquellos puntos más controvertibles.

Crece el mérito de la obra llevada á cabo por Amézaga si se considera que su libro es esencialmente crítico y que en pocas ocasiones un poeta ha acertado en este terreno, de suyo espinoso. Aunque, en homenaje á la verdad, debemos repetir que en nuestro compañero predominan las facultades analíticas, y que por este motivo su poesía no abunda en arranques de lirismo impetuoso ni sobresale por el brillo de la expresión, sino que se hace apreciable, antes que todo, por la valentía de la frase y la solidez del concepto.

Si se pudieran fundir en uno los ingenios de Horacio y Juvenal, para derivar de ahí el modelo de una escuela literaria, diríamos que la poesía de Amézaga, nutrida con los jugos vitales de este

Digitized by Google

Library
University of Texas
Austin, Texas

siglo de lucha, de vacilación, de ideales arrobadores y de monstruosas aberraciones, se inspira en aquel modelo. La vieja cuestión de si el artista que produce puede ser á la vez el crítico que juzga queda así eliminada, sin necesidad de acudir á los distingos invocados siempre que se ventila este complejo tema. Permanezcan tranquilos, que no ha de turbárseles para nada, desde Boileau hasta Zola, y desde Göethe y Schiller, que con sus *Xenios* revolucionaron la Alemania literaria, hasta Bourget y Valera, Ruskin ó d'Amicis, en quienes el talento crítico no amengua la potencia creadora.

Verdadero Proteo muéstrase Amézaga en *Poetas Mejicanos*. Hay en sus páginas descripciones bellísimas, llenas de calor y de luz; narraciones de verdad y sencillez encantadoras, y diálogos perfectamente sostenidos, en que se descubre al literato afecto á la dramaturgia. La prosa es limpia, correcta, y los razonamientos filosóficos, que campean por todo el libro, de una audacia y de una concisión sorprendentes.

Algo habríamos dado porque en la *factura* no aparecieran las trasposiciones que tanto gustan al autor, hasta el punto de convertirse en una especie de manía, que puede, sin embargo, explicarse por el afán de dar eufonía y rotundidad á la prosa. El oído del poeta se impone. Sacrifica con relativa frecuencia lo terso á lo cadencioso.

De diez y siete capítulos consta la obra, y todos están exornados con la reproducción de los más bellos trozos de la poesía mejicana, obligándonos á admirar, como hemos indicado, la exuberancia de ella, bien que no se compadezca con su variedad. Injusto ó temerario encontraríamos sostener que los vates mejicanos no son, en lo absoluto, originales; pero, en cambio, se advierte que casi todos se inclinan á pulsar las mismas cuerdas de la lira. Las notas ligeras, picarescas, aladas, que vibran en el epigrama ó en la sátira, que revolotean como mariposas tornasoladas en medio de los jardines de la vieja poesía helénica y latina, no existen para los mejicanos. Son más afectos á la meditación y al llanto, que no al tumulto y á la risa. Recorriendo sus versos queda algo así como un dejo amargo de la vida, un desconsuelo y un vacío que conducen á la más honda melancolía, á la nostalgia de otros ho-

890332

Digitized by Google

rizontes y de otros mundos. Y en esos momentos se destaca la pálida silueta del infortunado Acuña, y se comprende mejor que nunca la causa originaria de su trágico fin.

Los rosados y violaceos tintes de la aurora; los igneos crepúsculos vespertinos; el plateado y sugestivo rayo de la luna; el rumor de la fuente cristalina; los matices caprichosos de la entreabierta flor; la melodía creciente é inarticulada de los canoros pájaros; la brisa cargada de perfumes de la estación primaveral; las voluptuosidades de la mujer enamorada; los ardorosos besos del amante; la angelical sonrisa del recién nacido; los deliquios de las caricias maternales, todo lo alegre, todo lo tierno, todo lo que incita á vivir, se ofrece á nuestra contemplación ahogado por el sordo rumor de una á manera de caravana fúnebre, de agitación de inmenso cementerio en día de difuntos, ó aparece como envuelto en enermo crespón de colores tétricos, obscuros, negros, por entre los cuales asoma la aterradora cabeza del Pesimismo. Provoca gritar con el grito agónico de Goëthe: *lux, más lux*!

Por eso, sin duda, en esta época, en que nos complace el espectáculo de nuestro propio dolor y ahondamos nuestras heridas con una crueldad salvaje, hundiendo sin pieded el escalpelo en cuanto es susceptible de análisis y de investigación, la poesía mejicana se abre camino y seduce á inteligencias cual la de Amézaga, que se burlarían de las anacreónticas y reiríanse de los madrigales, creyendo razonablemente que su tiempo ha concluído. El hombre está de pie en los umbrales de la verdad; la ciencia lo empuja para que siga avanzando, y no se presume siquiera lo que va á encontrar al dar el último paso. Ante tan formidable espectativa la risa se cambia en gesto de angustia.

Duélese el autor de *Poetas Mejicanos*, en el primer capítulo de su obra, de que en América nada se haya adelantado—aparte los Estados Unidos del Norte—en el camino del desarrollo material: mientras faltan industriales, comerciantes, descubridores, políticos, superabundan poetas.

Al claro talento de nuestro amigo no era dable que se ocultara la razón de este fenómeno. Para enunciarla apela á una frase muy intencionada. Dice que «los poetas americanos viven encantándonos

Digitized by Google

con sus trovas, á la manera de esas aves enseñoreadas del bosque, á donde no penetran el fuego ni el hacha del colonizador atrevido».

La figura es exacta. Las razas conquistadoras de América se encontraron, al invadir este continente, con una naturaleza pletórica, que desbordaba vida; rica en toda clase de productos, desde los más humildes hasta los más nobles; desde la patata y la mandioca hasta el cacao y la quina; desde el carbón y el plomo hasta el oro y el diamante; desde la esbelta *llama* y el resistente *mborebí* hasta el águila caudal y el fiero puma; desde el antropófago habitante de la intrincada selva hasta el inca coronado, jefe y señor de extensisímo imperio; desde la mísera y frágil choza hasta el suntuoso y sólido palacio. El cuadro que hirió su vista hubo también de deslumbrarlas, la magnificencia de estas regiones debió causarlas una impresión mezcla de arrobamiento y de estupor.

Los delirios de la mente, que al cabo no son sino verdades agrandadas ó dislocadas por una tensión enfermiza, jamás llegaron á forjar las maravillas que aquí, en este mundo americano, eran reales y tangibles.

Lanzados en el colosal escenario de América, los españoles, ó sus hijos, imitaron precisamente á las aves canoras que se enseñorean de la floresta. En sus transportes de felicidad se sintieron impelidos á cantar, y cantaron sin regla ni medida, copiando en realidad á aquellos pájaros que repentinamente se encuentran libres, en medio de las bellezas del campo, rodeados de árboles, flores y cascadas, acariciados por la luz y los perfumes, y, radiantes de dicha, inundan los aires con sus arpegios.

Amézaga no ha podido reprochar, por consiguiente, á los moradores de América, ni creo haya sido esa su intención, que se consagraran con tantos bríos, con tantísimo empeño, al cultivo de la poesía. Menos se concibe ese reproche en quien gasta filiales argumentos para devolver á España glorias y prestigio. Si el exceso de poetas ha irrogado males á la América, esos males se remontan á la metrópoli.

Plausible tarea la que llena nuestro compatriota al procurar una reacción en favor de la uniformidad del lenguaje americano, ya que no de una pureza odiosa y pedantesca en el idioma de

Digitized by Google

Cervantes; idioma que nunca fué puro y que, cual todos, encuentrase sometido á cambios y progreso. Nuestro amigo aduce fundamentos en pró de su doctrina que no admiten réplica y vienen á robustecer los que nosotros adujimos en un trabajo análogo.

«Las lenguas cultas y ricas, como los metales preciosos, no admiten aleaciones que las desnaturalicen completamente. ¿Por qué del oro español hemos de hacer una mezcla absurda con el hierro y el plomo de otras lenguas que le son inferiores? Aumentémosle sus quilates, pero no tengamos la torpe complacencia de rebajarle hasta el punto de que se le rechaze por inservible.» Esta es, en síntesis, la teoría de Amézaga.

Con la misma independencia de criterio y con igual valentía se trata en *Poetas Mejicanos* otros temas espinosos. Admiran la precisión y claridad con que Amézaga resuelve, así como de pasada, incidentalmente, algunos de los problemas más difíciles que hoy preocupan á la humanidad. Es tal la importancia del libro en el particular, que no trepidamos para augurar que por este solo concepto se hará viable, aumentando la justa nombradía de que goza su autor.

III

¿Es posible, ó nó, la originalidad del arte americano, y, siéndolo, en qué consiste ella?

¿Cuál de las divisiones ideadas por los retóricos en lo tocante á escuelas literarias es aceptable?

¿Existe en realidad eso que los poetas han dado en llamar la casta desnudez?

¿Tienen motivo los americanos para desdeñar á la antigua metrópoli española?

¿La civilización favorece ó amengua el desarrollo de las razas conquistadoras?

¿Debe el escritor que se ve agredido torpemente por sus enemigos aceptar impasible la ofensa que se le infiere, ó repeler materialmente, por medio de la fuerza, la agresión de que es objeto?

¿Asiste, ó nó, derecho al hombre para disponer de su vida, acudiendo en ciertos extremos al suicidio?

Digitized by Google

¿Hay excusa verdaderamente aceptable para el tiranicida?

¿Es acaso el matrimonio indisuluble la forma de union sexual que más garantiza la moralidad?

Todas estas tesis, tan variadas cuanto trascendentales, y otras más, de caracter secundario, plantea Amézaga, y en parte desarrolla, en el curso de su trabajo.

Muy lejos nos llevaría, como ha de comprenderse, el estudio de tales cuestiones y la confirmación ó refutación de los temas sustentados en *Poetas Mejicanos.* Para realizar labor semejante sería preciso escribir un libro igual, si no más voluminoso, que el de Amézaga, y todavía necesitaríamos prescindir de su objeto primordial, puesto que nuestro amigo trata de aquellas tesis como de simples incidentes, bien que lo efectúa en la forma atinada y audaz de que hemos hecho mérito.

Los timoratos ó los que especulan mintiendo asombro y armando escándalos ante la enunciación de verdades existentes en la conciencia universal y robustecidas por el juicio sereno é ilustrado de vigorosas inteligencias; esos fariseos de la ciencia y del arte declararán guerra sin cuartel á las doctrinas de Amézaga, y serán capaces de pedir la condenación perentoria de su obra en nombre de no sabemos qué absurdos principios ó egoístas y torpes conveniencias. Jamás fué la luz del agrado de los buhos, que sólo viven en misterioso contubernio de tinieblas.

Amézaga se adelanta al peligro. En el final de su obra escribe: «Verdad, señores míos, tal vez he sido imprudente. Pero ¿es la prudencia el título que más honra á los escritores? Lleno estas páginas, lo sé, para contadas personas que, como yo, encuentran indigno el gastar la vida en formas hipócritas. Cuatro días miserables de vida empleados en ocultar lo que pensamos y lo que sentimos son, por otra parte, un negocio demasiado torpe, que yo no sigo.»

Para un criterio imparcial, para un espíritu bien puesto, para una conciencia honrada, las palabras que acabamos de transcribir alcanzarán todo el valor de un himno á la verdad; á esa diosa á quien tantos adulan, pero á quien los más vilipendian.

La necedad y el crimen se sublevarán siempre contra los escritores veraces, porque es ley humana procurar substraerse al castigo

Digitized by Google

de la culpa cometida; mas la virtud y el mérito de los que manejan una pluma consisten en saber afrontar las iras de los malos para obtener así el aplauso de los buenos. En todo caso, debemos luchar en pró de lo noble y de lo bello, que no de lo bajo y de lo feo.

«Rompamos el pacto infame y tácito de hablar á media voz. Dejemos la encrucijada por el camino real y la ambigüedad por la palabra precisa. Al atacar el error y acometer contra sus secuaces no propinemos cintarazos con espada metida en la funda; arrojemos estocadas á fondo, con hoja libre, limpia, centelleando al sol.»

«Venga, pues, la verdad en su desnudez hermosa y casta, sin el velo de la sátira ni la vestidura del apólogo; el niño delicado y la mujer meticulosa endulzan las orillas del vaso que guarda el medicamento heróico, pero acibarado; el hombre apura de un solo trago la más amarga pócima, siempre que encierre vida y salud.»

«Seamos verdaderos, aunque la verdad cause nuestra desgracia. Con tal que la antorcha ilumine poco importa si quema la mano que la enciende y la agita!»

«Seamos verdaderos, aunque la verdad desquicie una nación entera; poco importan las lágrimas, los dolores, los sacrificios de una sola generación, si esas lágrimas, si esos dolores, si esos sacrificios redundan en provecho de cien generaciones.»

«Seamos verdaderos aunque la verdad convierta al globo en escombros y cenizas; poco importa la ruina de la Tierra, si por sus soledades silenciosas y muertas sigue retumbando eternamente el eco de la verdad.»

Estos consejos de sublime sincillez, que recuerdan la soberana firmeza de Sócrates, no han podido olvidarse por la generación que los recibió de boca de Manuel González Prada y compartió con él las victorias de la verdad y del arte. Amézaga permanece fiel á su escuela. Continúa creyendo, hoy como ayer, que la vida no vale la pena de gastarse en farsas y embustes. Su honradez ingénita lo obliga á caminar, erguido, por camino recto. Quede á otros el triste placer de consumir la existencia en contorsiones de *clown* y genuflexiones de esclavo para poder andar por entre lodazales y encrucijadas.

Digitized by Google

La crítica que consagra Amézaga á los poetas mejicanos se halla de acuerdo con las más adelantadas teorías estéticas.

A fin de que el juicio que emite sobre cada uno de los autores estudiados no se acoja con desconfianza, y comprenda todas las fases posibles, se hace cargo de la personalidad completa de ellos y del medio ambiente en que se mueven, ó se han movido. De ahí que el libro *Poetas Mejicanos* sea, al par que un libro de crítica literararia, un libro de sociología, subordinándose en esto á los procedimientos de Taine.

El lector que sepa penetrar en lo que lee y dominar la materia tratada por el crítico, encontrará en *Poetas Mejicanos* copiosas noticias é informaciones interesantes que lo ayudarán á conocer á fondo la nacionalidad á que pertenecen aquellos poetas y á darse cuenta de las evoluciones operadas en la tierra de Moctezuma y de Juárez. Interesan bajo este concepto, principalmente, los capítulos destinados á Prieto, Altamirano, Ramírez y Riva Palacio, escritores los cuatro que han influído con mayor eficacia tal vez en la política mejicana que en la suerte de la poesía, pues si contribuyeron á revolucionar las letras, más radical fué la revolución que consumaron en las instituciones públicas.

Prieto no es inferior asesorando á Juárez en la campaña de la *Reforma* y salvándole la vida en Guadalajara, que escribiendo su famoso Romancero, curso de historia patria dictado en verso para las generaciones futuras, según el pensar de Amézaga.

Altamirano, peleando contra los franceses, venciendo en Tierra Blanca y los Hornos, asistiendo al sitio de Querétaro y combatiendo, sin tregua, preocupaciones y crímenes, elévase á mayor altura que cantando al Atoyac ó rememorando glorias conquistadas, en parte, por el empuje de su brazo y la amplitud de su talento.

Vacilaría cualquiera para resolver si Ramírez vale más al llevar á cabo la ley de 5 de Febrero de 1861 y remover desde su base la constitución política del país, para coadyuvar en seguida al adelantamiento de la enseñanza pública en todos sus ramos, que cuando compone sus hermosas estrofas, en que hay acentos de guerrero y palpitaciones de apóstol, en que parecen confundirse rugidos de león y arrullos de paloma.

Digitized by Google

Y Vicente Riva Palacio ha prestado, á no dudarlo, más alto servicio poniendo término á la invasión extranjera con la captura de Maximiliano y manteniendo sin flaquear el brillo de su patria en los torneos de la diplomacía, que ostentando las galas de su ingenio y de su erudición en delicadísimas poesías y concienzudos trabajos históricos.

Sólo á nueve poetas consagra Amézaga capítulo especial. A los demás los estudia por grupos. Se advierte, sí, que malgrado la imparcialidad de sus juicios, dispensa algo de afecto fraternal á Manuel Acuña, Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera. Y ello se explica. El temperamento de nuestro amigo tiene más afinidades con el de estos poetas que con los otros de Méjico.

Muchos años se ha considerado evidente que el suicidio de Acuña se debió á contrariedades de amor. Amézaga pone esmero en probar que tal creencia descansa en una fábula de invención vulgar, si no malévola, y cita hechos en apoyo de lo que afirma bastantes para convencer á cuantos no se dejen ofuscar por los mirajes del romanticismo. Mortifica que un episodio de trágicos caracteres novelescos, en que el Amor tiñe por millonésima vez sus dedos de azahar en la caliente sangre de un suicida, se desvanezca casi por completo ó se esfume en las penumbras de la duda. Pero si el cantor de *Rosario* no se mató por esta mujer, tuvo en cambio, hasta en su postrera resolución, caprichos crueles de artista. Escogió el *cyanuro de potasio* para producir la mortal intoxicación. Ese veneno, cuyo envase ostenta la imagen de la muerte, fué el que sedujo al vate infeliz. ¿Sufrió Acuña la obsesión de aquel cuadro siniestro, ó quiso que así como el *cyanuro de potasio* disuelve al oro, al más codiciado de los metales, sirviera también para arrebatarle la vida á él, al más inspirado de los cantores de su patria?

Dedúcese del estudio de la literatura de Méjico, no obstante el caso deplorable de Acuña, que el vigor de la imaginación y la robustez del estro poético no riñen con las cualidades exigibles al guerrero y al estadista, sirviéndoles, por el contrario, como preciosos auxiliares para su ejercicio. El hombre capaz de entregarse á los esparcimientos literarios después de los horrores del combate ó durante las agitaciones de la vida política, no corre el peligro de

Digitized by Google

sufrir explosiones injustificadas de furor bélico ó despótica intemperancia. A una inteligencia elevada y una cultura sólida es lógico suponer que responda una conducta racional.

Y en Méjico no sólo los estadistas y los guerreros han comerciado con Apolo y departido con las musas. Ahí los ardientes rayos de la poesía contribuyen á disipar las obscuridades de la ciencia y atenuar la frialdad de los guarismos. Las matemáticas inspiran á Porfirio Parra el más aplaudido de sus cantos, ostentando por primera vez el ropaje aereo del arte esas implacables torturadoras de los imaginativos.

En la privilegiada tierra del Anahuac, poetas como Acuña, Parra, Peón Contreras y algún otro que no recordamos por ahora, han podido realizar proeza semejante á la de aquel personaje de la leyenda germánica que en los antros mismos de la muerte celebró su desposorio con la mujer de sus ensueños. Esos ilustres bardos, médicos todos, tras de rasgar en el anfiteatro las carnes descompuestas del cadáver é investigar en las ocultas vísceras el proceso de mortales dolencias, visten en el bufete del escritor con túnica virginal sus pensamientos de poeta y lanzan á discurrir su fantasía por las ignotas esferas de lo ideal. Reproducen en compendio la misteriosa labor del Universo: en las lobregueces pavorosas de la tumba buscan claridades de aurora y truecan los espasmos de la agonía en nerviosas agitaciones de alumbramiento. Su imaginación se nutre con la savia del dolor y de las miserias humanas, así como la tierra cobra nuevas fuerzas con el abono de organismos en disolución, así como el fruto más sabroso y la flor más perfumada prodúcenlos el árbol y la planta que se alimentan con la carroña.

Deliberadamente coloca Amézaga en postrer lugar el capítulo que corresponde á Salvador Díaz Mirón. No se oculta al autor de *Poetas Mejicanos* que procediendo de esta manera remata bien su hermoso libro. Para que resalte más la oportunidad en la distribución de los capítulos se aprovecha de los episodios, terribles algunos, que refiere en el final, y pelea batallas campales en pró de los fueros del escritor. Entonces es que Amézaga truena contra los «apaleadores» de periodistas y poetas, contra los que suponen corregir el abuso de la libertad de imprenta exterminando al cul-

Digitized by Google

pable, sin tomar en consideración que el mal no se radica en el escritor mismo. Deséquese el pantano y morirá el microbio. Arrójese al río la bestia en putrefacción y los cuervos abandonarán la ribera. Edúquese al pueblo, levántese el nivel moral del ciudadano, ensánchense los horizontes intelectuales de la nación y lo demás vendrá como consecuencia lógica.

Varios párrafos dedica nuestro compatriota á la debatida cuestión de las escuelas literarias; y piensa como pensaba al respecto Prada cuando escribía, de acuerdo con el pobre Verlaine: «Clasicismo y romanticismo, idealismo y realismo, cuestiones de nombre, pura logomaquia. No hay más que obras buenas y malas. Obra buena quiere decir verdad en forma clara y concisa; obra mala, mentira en ideas y forma.» El autor de *Poetas Mejicanos* explaya la teoría en estos términos: «A cada momento oímos hablar de simbolistas, neomísticos, parnasianos, decadentes.... Pero ¿qué significan todas estas denominaciones caprichosas en poesía? Lucha de heresiarcas contra el dogma universal del buen gusto y de la razón. Ninguno de estos sectarios tiene derecho de proclamar su escuela— llamémosla así concediendo mucho—como la verdadera, como la que mejor responde al movimiento del siglo, porque el siglo actual se mueve en direcciones tantas que no hay manera de fijar el rumbo de todas, y mucho menos de sujetarlas á una orientación común, que es lo que pretenden esas escuelas.»

No cabe negar, sin embargo, que exigencias muy imperiosas, sugestiones ambientes, arrastran al escritor á preferir determinados rumbos y buscar nuevas y exóticas inspiraciones. El criterio sirve en estos casos para impedir extravíos y caídas deplorables. La teoría del *oportunismo,* cuya paternidad reclamaba Leopoldo Alas y se atribuye Emilia Pardo Bazán, es aplicable como medio de aclarar los conceptos de Amézaga, que no repudia ninguna escuela, sino que las acepta todas, al precio de que realicen la belleza en el mayor número posible de sus manifestaciones.

Contra los decadentes sí muéstrase un tanto airado nuestro compañero; y esto se debe, antes que á odiosidades impropias de su carácter y de sus tendencias, á rebeldías de artista. No soporta las imitaciones adocenadas. Jamás negará su admiración ni sus aplausos á los grandes talentos literarios que en Europa y en la

Digitized by Google

misma América figuran entre los decadentes; mas no tolera las falsificaciones que circulan con la marca de fábrica—pero con nada más que la marca, y todavía caricaturada—de los maestros de la escuela.

¿Será permitido al vulgo de los escritores vencer las dificultades opuestas á la realización del que llamaremos ideal decadente? ¿Siquiera en lo tocante á la forma de la producción literaria conseguirán la meta apetecida?

¿Cuántos poetas acertarán con «esos matices de rica morbidez de la podredumbre más ó menos avanzada, con esos tonos nacarados de las aguas estadizas, con esas rubicundeces de la tisis, con esas blancuras de clorosis, con esas amarilleces ictéricas de bilis extravasada, con esos grices piomizos de niebla pestilencial, con esos verdines venenosos que apestan á arseniato de cobre, con esos hollines desleídos por la lluvia á lo largo de los muros barrosos, con esas peces recocidas y socarradas en todas las infusiones del infierno, tan excelentes para servir de fondo á una cabeza lívida de espectro, y con toda esa gamma de colores exasperados, elevados al grado más intenso, que corresponden al otoño, á la puesta del sol, á la extrema madurez de los frutos y á la última hora de las civilizaciones?» ¿Cuántos poetas podrán acometer este trabajo, que es el trabajo de los decadentes y cuya simple exposición demanda las fuerzas de un Gautier? Lo que pide alientos de gigante no se alcanza con hipos de pigmeo. Amézaga, que no siente el desdeñoso optimismo de Gustavo Planche, se indigna ante la presunción de ciertos audaces imitadores, cuando lo único que debería hacer era reírse de sus infantiles pretensiones. Dejemos á los *niños terribles* internarse en el bosque de su falso decadentismo persiguiendo leones y panteras, escuchando alaridos de tempestad y parando dardos de guerreras vírgenes. Puede que allí los sorprenda alguna mona enamoradiza y los lleve á compartir con ella las dulzuras del tálamo salvaje, para que renuncien á sus vanos achaques de morbosas innovaciones.

No ha olvidado el autor de *Poetas Mejicanos* — que olvidarlas habría sido pecado imperdonable de descortesía y de injusticia--á las mujeres que en la tierra de Moctezuma comparten con el hombre los laureles de la poesía. Lo mismo en el capítulo con-

Digitized by Google

sagrado á sor Juana Inés de la Cruz que en otro muy importante del libro, y de exquisito aroma feminista, Amézaga trata de poner en relieve los merecimientos de las poetisas mejicanas.

De acuerdo en un todo con lo que más tarde había de sostener, en pulquérrima dicción y con sobra de meollo, Arsenio López Decoud, combate nuestro compatriota á los adversarios, misoneistas casi todos, del feminismo. Candentes son estas palabras: «Con las señoras que se permiten pensar y escribir hay menos urbanidad entre nosotros que con aquellas que no hacen sino bailar y abrirse el escote hasta la cintura.»

«Y si no ¿cómo evitar el que una alabanza á tal ó cual escritora sea seguida, fatalmente, de indecentes comentarios sobre su vida?»

«Los seres más calumniados son, sin disputa alguna, las literatas que obtienen triunfos ruidosos. Feliz aquella á quien después de contarle ocho ó diez amantes, no se le acusa de firmar escritos agenos.»

«Hombrecillos ignorantes y brutos, que ante una mujer de talento no saben decir palabra, son los enemigos más implacables que aquélla tiene. Nó; no existe envidia peor que la del hombre torpe á la mujer hábil. Doblemente humillado el uno, se cree desposeído por la otra de un bien nativo, y mancha así con placer su reputación como un puerco el agua transparente con el hocico.»

Los enemigos de la cultura femenina, los que creen que la mujer para desempeñar con acierto sus funciones de madre, de hija ó de esposa, debe prescindir de toda inclinación literaria, se alarmarían grandemente si llegaran á tener noticia del número extraordinario de escritoras que pergeñan en satinada cartulina, ó en míseras cuartillas de papel de imprenta, allá en la remota Méjico, sus inspiradas lucubraciones; y, sin embargo, no sabemos que la familia esté menos bien constituída en aquella que en otros regiones de nuestro continente.

Se explica que en un plebiscito como el ideado por Mantegazza en su *Arte di prender moglie*, la mujer tonta y la mujer literata consigan, en igual proporción, el diez por ciento de los votos emitidos, porque muy pocos hombres soportan con paciencia que la mujer se levante al mismo nivel intelectual que ellos.

Digitized by Google

Mantegazza, con ironía mal disimulada, escribe: «No hay nada más agradable, nada más simpático, nada más irresistible que una simpleza dicha por una linda boca. Hace reír y nuestra risa tiene por eco la de aquella que ha dicho la simpleza; y cuando vemos sus dientecillos, colocados todos en fila, blancos como las perlas, exclamamos: ¡bendita sea la tontería! ¡bendita quien la ha pronunciado!»

Para desentrañar la causa del fenómeno, poniéndola á nuestra vista de modo que nos hiera, el pensador italiano continúa así: «Es tan afecto el hombre á sentir su superioridad sobre la mujer en el campo de la inteligencia, que cuando encuentra un error de ortografía en la carta de una dama se considera feliz, cual si hubiera encontrado un diamante en las arenas de un río. Aquel pequeño error, escapado quizás en el entusiasmo histérico de una expansión amorosa, es verdaderamente un diamante, porque confirma y ratifica nuestra superioridad intelectual y nos muestra á la vez la feminidad graciosa y seductora de la criatura que amamos.»

El fondo, pues, de los ataques dirigidos á la mujer literata, ó simplemente afecta á la literatura, es ese, el invocado por Amézaga: la vanidad del hombre sublevándose contra triunfos que éste, en virtud de un egoísmo exagerado, sólo quiere para sí.

Por lo demás, el peligro de que la llamada plaga de literatas se extienda es muy remoto ó no existe. Poco se avienen con el temperamento de la mujer las incruentas luchas del arte, más terribles tal vez que las cruentas de Belona.

De cualquier modo, lo sensato es lo que piensa el mismo Mantegazza: «Si la mujer literata es fea y desgarbada, si en su cuerpo y en su voz va exhibiendo y pregonando una fe de bautismo que la presenta más como hombre que como mujer, entonces estamos todos de acuerdo en no quererla por compañera. Es una especie nueva, es un hermafrodita psico-físico, del cual admiramos los libros, los cuadros, las estatuas, pero al que rechazamos de nuestra cámara nupcial.»

La humanidad, á despecho de todas sus injusticias y contradicciones, siempre verá con orgullo escalar las cumbres del arte á mujeres como Inés de la Cruz, Gertrudis Gómez de Avellaneda,

Digitized by Google

Aurora Dudevant, Juana Manuela Gorriti, Emilia Pardo Bazán, etc.

Recordando nosotros las consideraciones atinadísimas de González Serrano en su libro sobre Göethe, llegamos á presumir que tal vez Amézaga, invitado por múltiples irradiaciones de luz, envuelto en la atmósfera de gloria y alabanzas que rodea á los maestros de la poesía mejicana, no había podido concentrar bien las fuerzas visuales para examinar concretamente el objeto de su visión, que había dispensado sus aplausos á los viejos bardos de Méjico con algún menoscabo del elogio correspondiente á los nuevos, á ese «grupo brillante de poetas con fulguraciones de estrellas en cielo que ha lavado la tormenta». Manuel Othón, Ignacio M. Luchichi, J. J. Tablada, Peón del Valle y la mayoría de los jóvenes de quienes habla Amézaga en los capítulos XIV y XV de su libro pueden, á nuestro entender, competir con Prieto, Altamirano, Ramírez, Peza, &, en inspiración, en energías creadoras, sobrepasándolos en las galas del estilo.

Pero el propio autor de *Poetas Mejicanos* hubo de darnos la razón de su procedimiento con una de aquellas salidas geniales en que abunda y que tan primorosamente esmaltan su conversación: «Tocayo, nos dijo, los jóvenes pueden esperar. No sé todavía cuanto bueno puedo escribir de ellos. Comienzan su carrera y quizá me quedaría corto en el elogio. He preferido darlos á conocer que juzgarlos. Aguardemos su llegada al ocaso para contemplarlos sin riesgo de perder la vista. Hoy que están acercándose al meridiano no quiero usar vidrios ahumados para descubrir sus manchas, si las tienen.»

Difícil nos parece que el lector de este trabajo haya llegado hasta aquí sin fatigarse. Concédanos una disculpa: si la crítica es pesada, en cambio aporta una buena noticia. Hay un libro más, digno de leerse. La nacionalidad á que se refiere este libro es noble, viril y trabajadora; el tema seducirá á las personas de gusto, amantes del arte, y el autor pertenece al número de los poetas que marchan por el mundo derramando flores y conquistando glorias.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

DEMCO

3025512142
0 5917 3025512142

Digitized by Google